



Año 2 N° 11

Viajeros

conservación y culturas

Lamas

Baila al ritmo
de Santa Rosa

*Lamas dance
Santa Rosa's rhythms*

Cusco

Hijos de la Luna

Children of the moon

Titicaca

en kayak

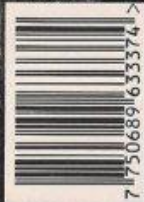
*Kayakin'
Titicaca Lake*

Turismo campesino en

Cajamarca

Countryside Tourism in

Perú S/ 12.-



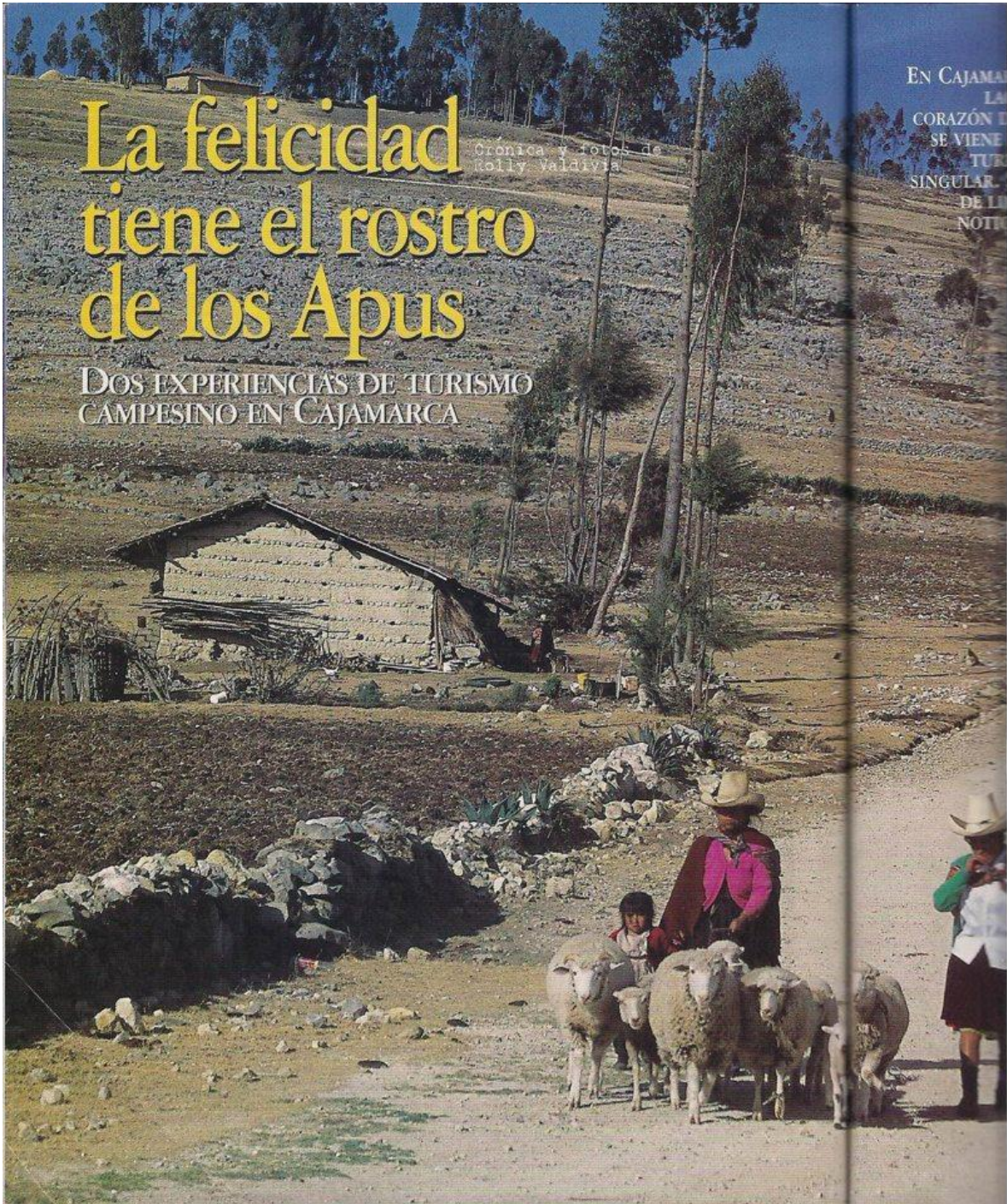
La vida se renueva en
Chaparrí
Life's renewal at

La felicidad tiene el rostro de los Apus

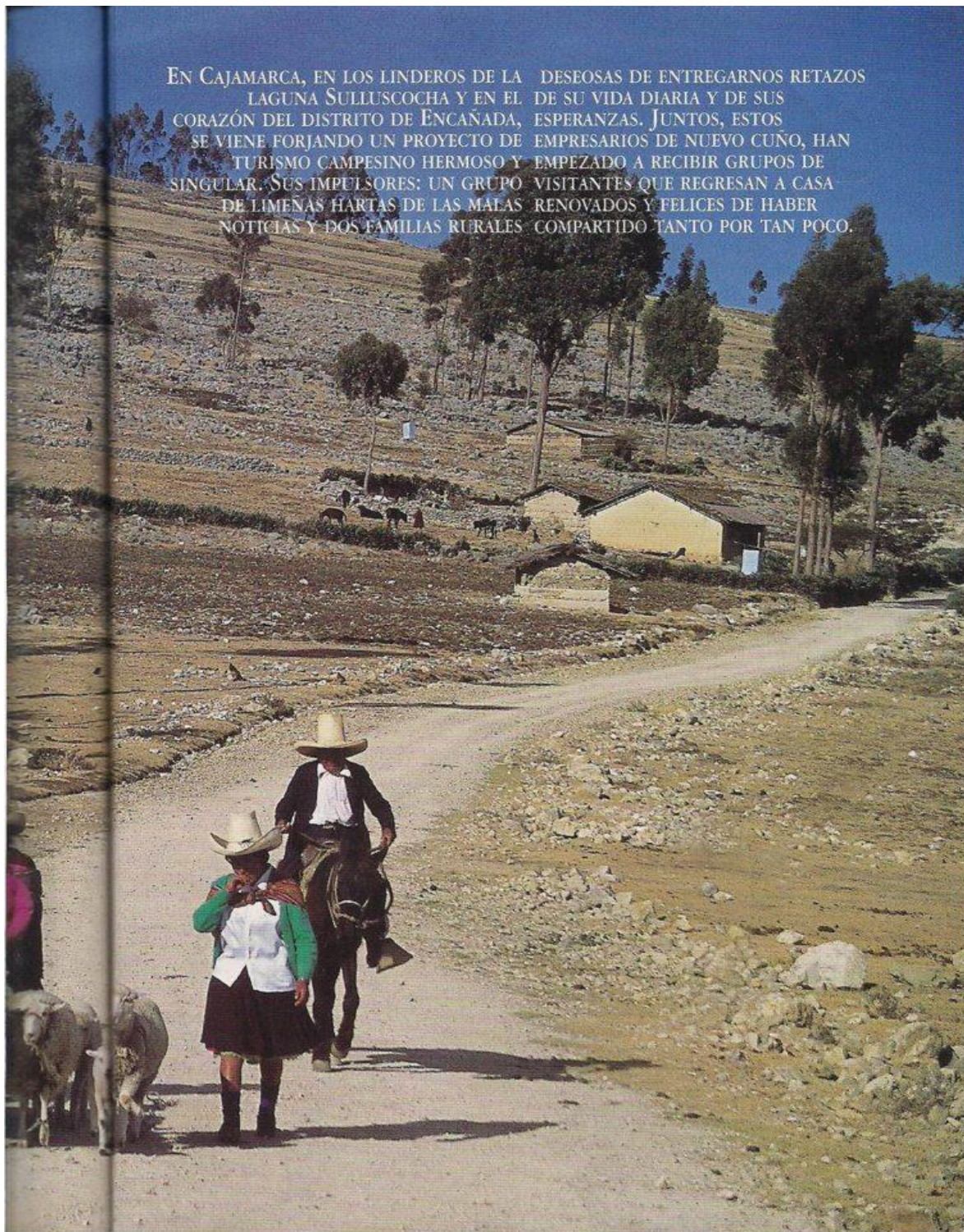
Crónica y fotos de
Rolly Valdivia

DOS EXPERIENCIAS DE TURISMO
CAMPEÑO EN CAJAMARCA

EN CAJAMARCA
LA
CORAZÓN DE
SE VIENE
TURISMO
SINGULAR
DE LUNES
NOTICIA



EN CAJAMARCA, EN LOS LINDEROS DE LA LAGUNA SULLUSCOCHA Y EN EL CORAZÓN DEL DISTRITO DE ENCAÑADA, SE VIENE FORJANDO UN PROYECTO DE TURISMO CAMPESINO HERMOSO Y SINGULAR. SUS IMPULSORES: UN GRUPO DE LIMEÑAS HARTAS DE LAS MALAS NOTICIAS Y DOS FAMILIAS RURALES DESEOSAS DE ENTREGARNOS RETAZOS DE SU VIDA DIARIA Y DE SUS ESPERANZAS. JUNTOS, ESTOS EMPRESARIOS DE NUEVO CUÑO, HAN EMPEZADO A RECIBIR GRUPOS DE VISITANTES QUE REGRESAN A CASA RENOVADOS Y FELICES DE HABER COMPARTIDO TANTO POR TAN POCO.



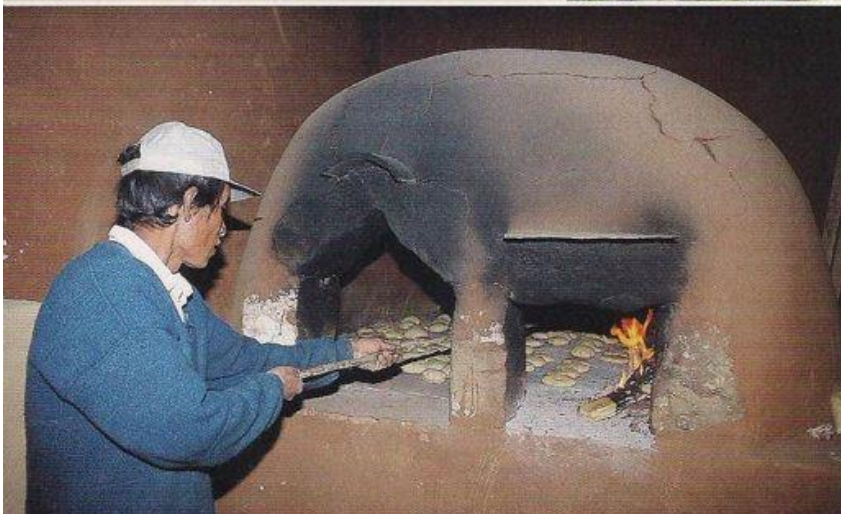
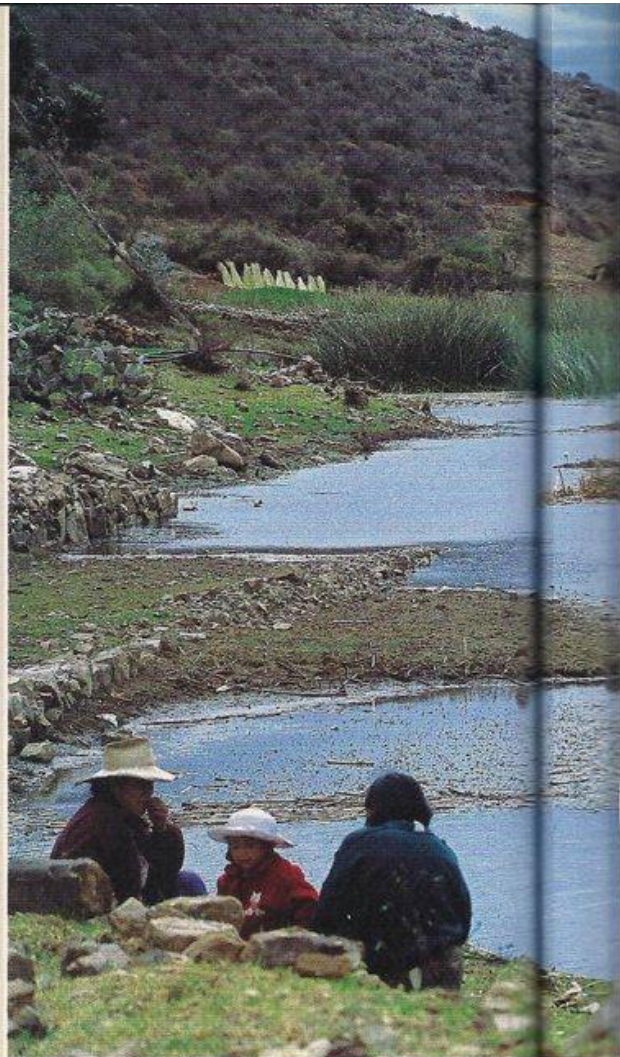
venir", me explican mis ocasionales acompañantes, quienes también han invitado a la aventura, al geólogo Mardonio Llanos y al guía Antonio Goicochea, de la Asociación para el Rescate del Ecosistema de Cajamarca (APREC).

Otra vez me salí del relato. Mejor retorno al patio donde estoy tomando la foto de despedida. Clic. Adiós Sulluscocha y la casita de dos pisos va quedando atrás, también la laguna convertida en charco, la guirnalda hecha de carpas, los surcos donde el profesor Mardonio sembró varias semillas de papa, la quinua que don Enrique y su esposa trillaron. Oso ladra en señal de despedida.

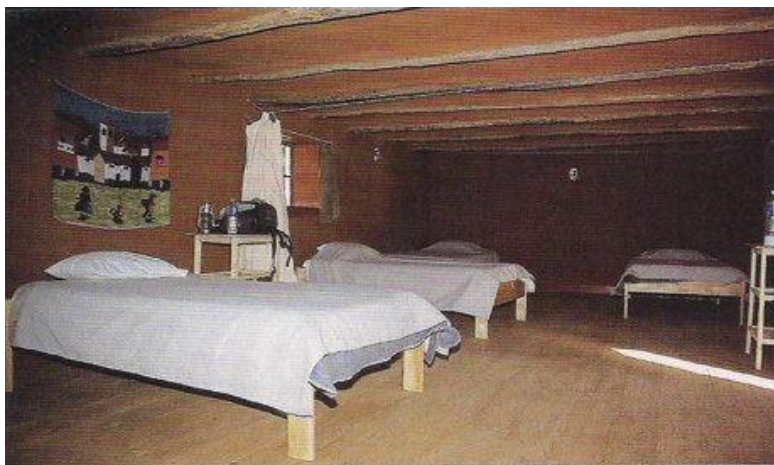
"Aquí hay agua limpia de manantial, también comidita sana. Yo le voy a convidar todo lo que hay. De repente no le va a gustar, pero igual le invito", nos da la bienvenida Rosa Abanto, dicharachera, inquieta y jocosa, la mujer fuerte de la segunda casa del proyecto de la empresa Vivencial Tours.

Doña Rosa es desinhibida y directa: "los limeñitos son unos detallosos, a diferencia de los gringos que nunca se quejan de la comida"; luego afirma que en su casa siempre hay un pancito y un cafecito para el visitante. "Si aquí tenemos papita, quinua, maíz... ¿por qué no compartir?" y va de un lado al otro, destapa las ollas, sirve a cucharón lleno, convoca a la repetición.

Con doña Rosa vive su hija Vilma Martos quien está casada con Catalino Requelme. Ellos tienen cinco hijos, Alex (15), un jovencito atento que nos guió hasta la piscigranja del río



Otra de las actividades diarias que más gusta a los visitantes, es la preparación de los alimentos en el gran horno familiar.



tran en lo más profundo de la historia andina. Retorno a la casa y, al caer la noche, Alex enciende la radio: Perú versus Argentina. Lo escuchamos bajo el cielo estrellado de la sierra. Se apuesta una gaseosa al empate o al triunfo local. Nadie gana. La derrota duele menos lejos de Lima.

Otra vez la foto de despedida. Doña Rosa nos invita a volver. Quizás porque le demostramos

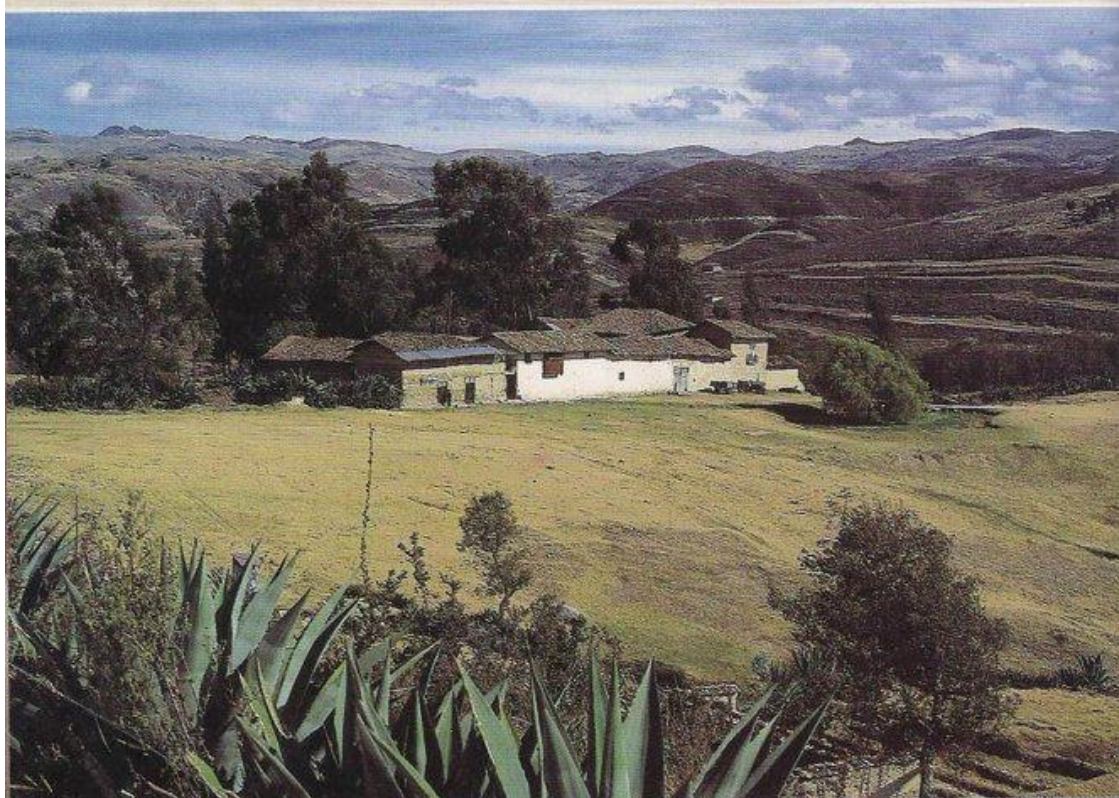
Tambomayo; Evert (13), Danisela (11), Esmeralda (9) y Percyla (7), tres niñas preciosas, juguetonas y de tímidas sonrisas.

Durante nuestra breve estadía, fuimos testigo de una minga en la casa de la señora Ricardina. "Antes el techo era de paja. Se caía con la lluvia. Van a ponerle tejas", nos cuenta, sin descuidar las ollas con las papas y lentejas que invitará a los vecinos que la ayudan con el trabajo.

Hoy por ti, mañana por mí, esa es la filosofía de este trabajo solidario, cuyas raíces se encuen-

que no éramos limeñitos detallados; luego nos vamos a Cajamarca, previo recorrido por el cañón de Sangal, donde APREC desarrolla un programa de conservación del colibrí cometa ventigrís, una especie endémica en grave riesgo de desaparecer.

Las vivencias se acaban. Estoy en Lima frente a un computador. Escribo y recuerdo: arar la tierra, trillar la quinua, el pan recién horneado y... claro, también la gringa que nunca llegó, a pesar del río sonaba y traía piedras.





La magia de la vida en el campo sintetizada en una experiencia de turismo rural significativa y sostenible.

Panes y quesos típicamente cajamarquinos hacen las delicias de la mayoría de turistas que recalán en las dos casas campesinas.



Días de caminata, de encuentro con la tierra, de participar de una ceremonia andina en la cumbre de El Castillo... y es medianoche y Jorge Alvarado -un maestro, un curioso, nunca un shamán- invoca a los dioses antiguos, a la naturaleza, a los antepasados. Y brindamos con caña y *chacchamos* coca y pedimos lluvia, campos verdes, prosperidad. ¡Que la minería no destruya a los apus!

Tiempo para visitar lugares cercanos como la bellísima laguna San Nicolás, en el distrito de Namora, donde conversamos con los esposos Ordóñez... y Doñatilde, la madre, la abuela, la panadera de 78 años, se queja porque sus huesos le duelen demasiado y ya no puede realizar su oficio; y ya en el pueblo, el artesano Jesús Ruiz, saca pecho al decir que en su tierra se hacen las mejores guitarras del Perú.

¿Y le gusta vivir aquí?, le pregunto a doña Graciela que se afana al lado del fogón. Su rostro se ilumina, irradia ternura. Me cuenta los avatares de su existencia, sus idas y vueltas a esa laguna entrañable que solo se llena con el agua de las lluvias. "Trabajé en Cajamarca, trabajé en Lima. Mis patrones me trataban bien -recuerda- querían que estudie".

No lo hizo porque tenía que volver a su casa, para cuidar a sus padres. Fallecieron. Ella se quedó solita hasta que formó su familia con don Enrique... ¿se arrepiente?, "de que se va a arrepentir uno, joven. Yo estoy aquí y eso nomás importa", asegura esta cajamarquina corajuda, risueña, cordial, madre de tres hijos y partera de renombre en el pequeño caserío, habitado por 35 familias.

Vivencial Tours se engarza en una propuesta mayor de desarrollo social para toda la región de Cajamarca.

Entro a la cocina. Hoy luce distinta porque una guirnalda de carpas se extiende de pared a pared. "Las hemos puesto a secar". Así duran más. Así la familia podrá obsequiar un montoncito a todos los que lleguen a su casa: vecinos, familiares, amigos, conocidos y desconocidos... claro, esto último si el feroz Oso deja que algún intruso pise sus dominios.

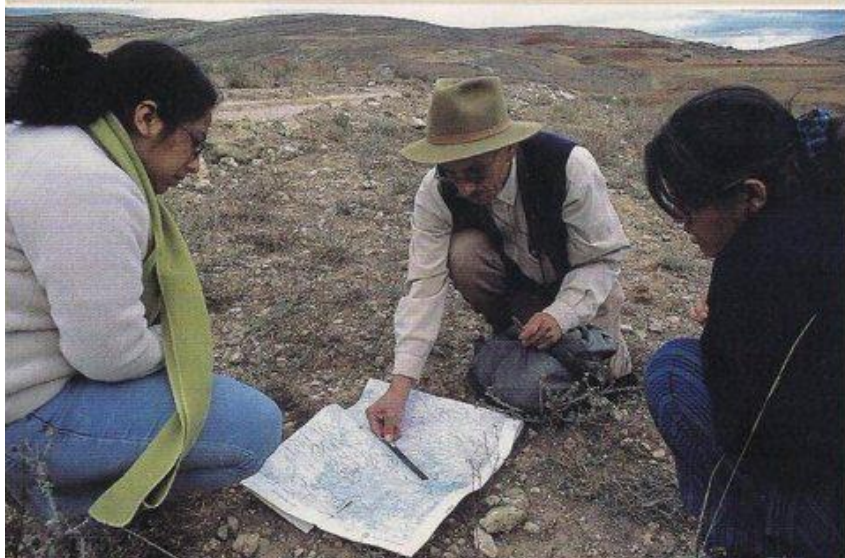
Desayuno. Queso, manjarblanco, pan preparado en un horno de leña -"lo amasamos temprano"- y la infaltable carpa. Un mantel en el piso funge de mesa. Doña Graciela no se cansa de ofrecer un "poquito más", mientras María Hermelinda, su hija mayor, alimenta a sus retoños, Vilma, José y Heligio, este último, un experto en el gateo, un tenor del llanto.

Y veo todo con más detenimiento, para recordarlo y describirlo bien. Me conmueve la inocencia de Vilma, la nieta, la alumna de los primeros años de primaria, que peina a una muñequita con aspiraciones de Barbie; me asustan las caídas y revolcones de José y Heligio, los traviesos, los engreídos, cuando ambos juegan a la yunta y abren surcos imaginarios en el patio de cemento. Surcos que nadie siembra.

Es hora de partir. Una foto de familia. Todos serios, circunspectos, como soldaditos a punto de marchar por el mismo patiecito en el que don Enrique y sus hijas María Hermelinda y María Eugenia,

nos habían dado la bienvenida cuando llegamos a su casa, luego de una caminata de más de una hora, por un tramo del Capaq Ñan que une Cajamarca con el Cusco.

Así comenzó la aventura. A pie, con mochilas en la espalda y explicaciones anticipadas sobre lo que íbamos a ver y hacer. Al caminar me enteré de la apuesta por el turismo vivencial que



Aquella noche, ¡la noche!, decidí acostarme tempranito -previa perfumada y reacomodo de mi ya casi extinta cabellera- con la intención de acelerar mi encuentro con la gringa, esa mujer misteriosa pero tentadora, que solo aparece cuando el sol se esfuma y los hombres duermen o andan medios perdidos en las colinas cercanas a la laguna Sulluscocha, en Cajamarca.

Apago el lamparín. Cierro los ojos. Espero a la gringa. Una, dos, tres horas. Nada. No viene. Sigo alerta. Me estiro, doy vueltas, me tapo y me destapo. Nada. Qué desilusión. Reniego, me despeino, me marea el perfume. Nada. No aparece. Duermo, ronco, sueño... ¿con ella?, no, con campos, lagunas y montañas. Despierto. Hay sol, no hay gringa.

No vino, me plantó, así son todas. Sales del cuarto. Rechina el piso. Te encuentras con la luz. "La esperé y nada. No existe", sentencias y sepultas a la mujer imaginada: ojos seductores, azules, tal vez verdes, cintura moldeada a la perfección, cuerpecito cimbreante, con más curvas que el mismísimo serpentín de Pasamayo.

La gringa simplemente no apareció. Quizás nunca lo haya hecho en Sulluscocha, aunque don Enrique, su esposa, hijas, nietos, yerno y hasta su vecino-primo Hipólito, digan que sí

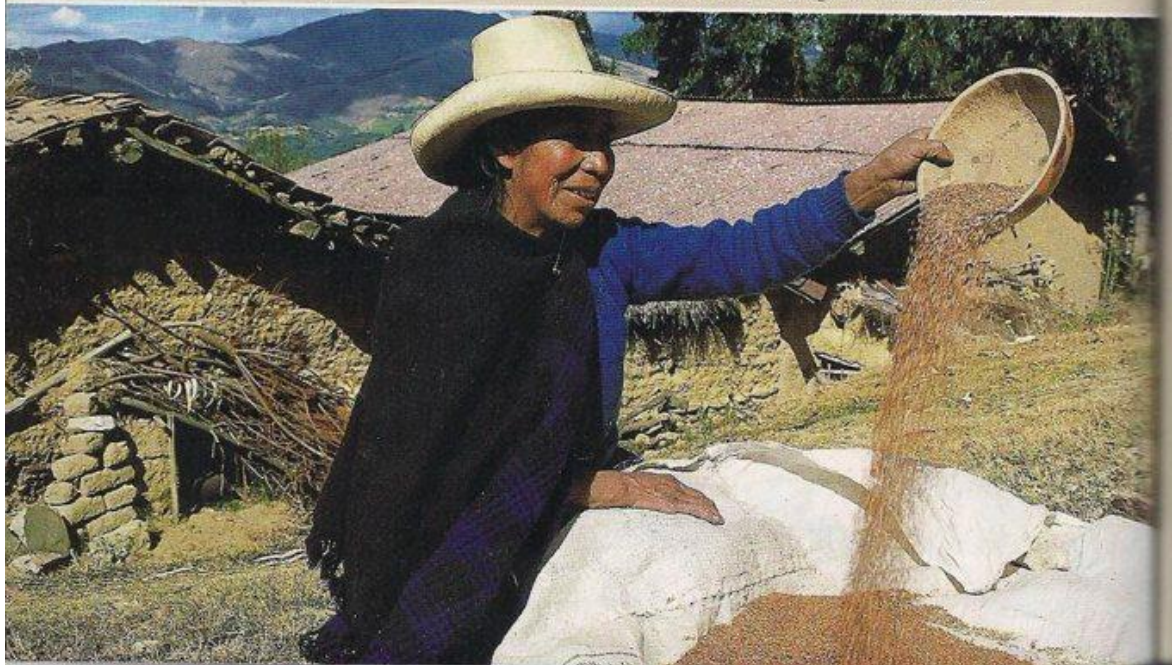
existe y que anda metiendo miedo por el cerro Carrga (sí, así se escribe, con doble "r"), tanto o más que ese toro fantasmal que bufa en las alturas de El Castillo, la montaña que está atracito de sus casas.

Amanece. No escucho al gallo, solo oigo la voz de Oso, un perro alharaquiento, espeso y alborotado que le ladra a todos los que quieren acercarse a la casa enteja, arcillosa y rojiza de la familia Huamán-Rojas, que nos recibe en el caserío Laguna Sulluscocha, del distrito de Llanacora, a 40 minutos del centro de Cajamarca y a 3000 metros sobre el nivel del mar.

El perro no cesa con sus ladridos. Ahora persigue a los pavos que lo picotean todo, hasta el aire. Escenas cotidianas en una casa que se llena de movimiento ni bien despierta el amanecer. Estampas campesinas de las que somos parte por unos cuantos días, entre risas y anécdotas en una parcela con hambre de semillas o en un fogón crepitante donde el maíz se convierte en cancha: rica, saladita... compartida.

Pero hoy escucharé los ladridos de Oso por última vez. Se acerca la despedida y, quizás por eso, veo todo con más detenimiento: Don Enrique, el abuelo, el padre, el teniente gobernador, preparándose para ir a trabajar: "tam-

En Cajamarca es posible compartir todos los detalles de la vida campesina visitando las casas albergues de Vivencial Tours.





El campo sigue dando a su gente todos los frutos para la vida diaria.

bién soy albañil"; doña Graciela, la esposa, la matriarca, alimentando con leña al fogón: "quiere más agüita, joven"; Fermín, el yerno, el pescador, recordando sus hazañas con las carpas...

Y la cocina -tibiecita, acogedora, repleta de sombras- se llenó de alegría en nuestra primera noche en la casa de los Huamán-Rojas. La felicidad olía a pescado fresco, sonaba a aceite hirviendo en el sartén y se vistió de tentación, en los instantes previos del sabroso banquete que tendría como plato principal a las apetitosas carpas, capturadas en la laguna.

Dicen que la espera desespere... y es verdad. Las carpas demoraban en freírse. Fue un auténtico suplicio que tratamos de sobrellevar conversando o, mejor dicho, oyendo las aventuras de Fermín, don Enrique e Hipólito... y ahí están ellos ingresando a Sulluscocha, ahí están ellos estirando la atarraya; y ahí están ellos, al final de la tarde, embarrados hasta la cintura persiguiendo a los peces.

Y aquí están ahora, a mi lado, cocinando esas presas que solo pueden atrapar cuando la laguna tiene poca agua, y, es por eso, que el banquete de esta noche no es cosa de todos los días. Se justifica la alegría, la animada conversación. Sí, la felicidad huele a pescado fresco.

Vuelvo al presente, a los instantes previos a la despedida luego de tres días y dos noches de convivencia con la familia de Enrique Huamán y Graciela Rojas.

Experiencia que nos permitió compartir su sencilla pero esforzada forma de vida: arar, sembrar, cosechar, buscar agua en el pozo, cuidar a los animales, esperar la lluvia, maldecir a la helada que malogra los cultivos de papa.

Despertarse en la mañana y seleccionar los mejores productos para la mesa, resulta una experiencia extraordinaria si es que se realiza con los propios pobladores.

